

**ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL
ENCUENTRO ENTRE LA CASA Y LA CIUDAD**

María González García

“La ciudad es una casa grande, lo mismo que la casa es una ciudad pequeña”. Con esta afirmación, el arquitecto renacentista Leon Battista Alberti pone de relieve una relación intrínseca entre dos espacios que, aunque distintos, están íntimamente interconectados. Comprender la intersección entre la ciudad y la casa es, en gran medida, desentrañar la complejidad de la sociedad que las habita.

En esta dualidad se entrelazan conceptos antagónicos y complementarios como lo público y lo privado, lo social y el refugio. Cada calle y cada habitación, cada plaza y cada sala, actúan como espejos que reflejan las dinámicas de poder, los anhelos individuales y las narrativas colectivas. Los elementos de contacto —puertas, ventanas y umbrales— se convierten en símbolos cargados de significado, a partir de los cuales emergen valores de hospitalidad, autoridad, celebración, propaganda o introspección.

En este entramado, la casa no se limita a ser un espacio físico; representa también un refugio emocional. Por su parte, la ciudad se configura como un escenario vibrante donde se despliegan las historias de sus habitantes. Al explorar la relación entre estos dos mundos, se establece un diálogo continuo que no solo revela cómo vivimos, sino que también desvela aspectos fundamentales de nuestra identidad colectiva.

Este análisis invita a reflexionar sobre la naturaleza de los espacios que habitamos y sobre cómo estos influyen en nuestra experiencia cotidiana y en la construcción de nuestra subjetividad. La interacción entre la ciudad y la casa es, por tanto, un campo de estudio esencial para comprender la arquitectura y el urbanismo como manifestaciones de las dinámicas sociales.

La conferencia impartida en febrero de 2024 en la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, dentro del ciclo “Sobre Ciudad y Arquitectura: Tres Miradas,” dirigido por el académico Francisco Torres Martínez, ofrece una reflexión sobre estos aspectos. La charla se basa en la experiencia que compartimos los arquitectos María González García y Juan José López de la Cruz en el estudio Sol89.

En nuestro caso, el trabajo desarrollado como arquitectos ha sido esencial para explorar y comprender las sutiles fronteras que delimitan lo público y lo privado, más allá de fundamentos teóricos e investigaciones académicas. Estas fronteras están en constante transformación, adaptándose a las

fluctuaciones entre el sentido de comunidad y el bienestar individual. A través de nuestra práctica en Sol89, hemos aprendido a valorar y reinterpretar estas divisiones, utilizando la experiencia vivencial como una herramienta clave en nuestra aproximación arquitectónica. Así, nuestra trayectoria no solo ha integrado teoría y práctica, sino que también ha estado profundamente influenciada por nuestra práctica aplicada en contextos reales. Este enfoque nos ha permitido abordar la ciudad y la casa no solo como conceptos arquitectónicos, sino como espacios vivos y dinámicos que reflejan la complejidad de la experiencia urbana.

Este entendimiento de la ciudad ha sido, en ocasiones, el punto de partida de nuestro trabajo. En algunas instancias, ha funcionado como un marco teórico que precede al desarrollo de un proyecto; en otras, se convierte en un ejercicio crítico que somete nuestras propias intuiciones a un análisis riguroso. A través de este constante proceso de introspección, hemos llegado a la conclusión de que somos una continuidad intelectual de las experiencias vividas en los espacios que hemos habitado, cuyas culturas han ido impregnándose en nuestra práctica.

Sevilla, la ciudad donde vivimos y trabajamos, es un ejemplo paradigmático de lo que hemos mencionado. Esta ciudad se caracteriza por tener “límites imprecisos”, una característica compartida por muchas ciudades mediterráneas, donde su origen ha definido su carácter ambiguo. Esta ambigüedad se manifiesta en la fusión de la domesticidad y la colectividad, y en la creación de espacios multifuncionales que desafían las categorizaciones que la planificación urbana impone a las ciudades.

Atendiendo a su génesis, la Sevilla intramuros actual es el resultado de un prolongado proceso de implosión que se extendió a lo largo de varios siglos. Este proceso emergió fundamentalmente a partir de la intensificación de su centro urbano durante el siglo XVI, un período marcado por una notable prosperidad económica y demográfica. Durante este tiempo, Sevilla se consolidó como el recinto amurallado más grande de Europa, convirtiéndose en un importante centro comercial gracias a su papel como puerto principal para el comercio con las Américas.

La ciudad experimentó un crecimiento poblacional significativo, impulsado por el flujo de mercaderes, artesanos y migrantes atraídos por las oportunidades económicas que ofrecía. Este aumento en la población provocó una demanda urgente de espacio urbano. Sin embargo, a pesar de su magnitud, este recinto se caracterizaba por manzanas huecas, espacios que, lejos de estar completamente edificados, estaban repletos de huertas y arrabales que se habían desarrollado a lo largo de los siglos.

Se inicia, entonces, un período de intensificación urbana caracterizado por la fragmentación y subdivisión de las manzanas en unidades más pequeñas y complejas. En este proceso, los espacios construidos dentro de las extensas manzanas se articulan a través del vacío, que proporciona luz, ventilación y acceso a lo construido. A su vez, este vacío va entretejiendo un espacio negativo que conecta con el espacio urbano y penetra en las manzanas como si de afluentes se tratase, creando espacios de encharcamiento donde la actividad se instala o permitiendo el discurrir por él, enriqueciendo así la experiencia urbana en su conjunto. Como señala Juan Luis Trillo de Leyva, “la fragmentación de la manzana en Sevilla no solo redefine la escala del espacio construido, sino que también crea una serie de interacciones entre lo público y lo privado”. Este enfoque permite una mayor diversidad de usos y una convivencia más fluida de distintas funciones en un mismo espacio, reflejando la ambigüedad que caracteriza a esta ciudad. En este sentido, la fragmentación de la manzana se convierte en un vehículo para la integración social, cultural y económica, promoviendo un entorno urbano dinámico que responde a las necesidades cambiantes de sus habitantes (Fig. 1).



Fig. 1. Estudio del crecimiento de las manzanas del centro de Sevilla y la generación de espacios intermedios. Montaje de SOL89 (María González y Juanjo López de la Cruz) a partir de la planimetría del Seminario Arquitectura y Ciudad. Sevilla, 1978.

De este modo, Sevilla se reinventa continuamente a través de un catálogo singular de elementos arquitectónicos que interrelacionan el interior y el exterior. Entre estos elementos se encuentran zaguanes, portales, galerías, recibidores, patios, casapuestas, corrales, corredores, balcones, almatrayas.... Estos espacios son ejemplos paradigmáticos de una ambigüedad intrínseca: invitan a la entrada pero limitan el acceso total; aunque están diseñados como espacios de tránsito, frecuentemente se convierten en estancias habitables; su uso, además, varía de manera significativa a lo largo de las estaciones y en respuesta a cambios sociales, adaptándose así a las necesidades cambiantes de sus habitantes y del clima.

LA CASA Y LA PLAZA

La primera oportunidad que tuvimos para enfrentarnos “cuerpo a cuerpo” con la idea de entender la casa como parte de la ciudad se presentó en una vivienda situada en la calle Feria de Sevilla, en la emblemática plaza Calderón de la Barca. Este lugar, que alberga el mercado de la calle Feria, ha experimentado numerosas transformaciones a lo largo del tiempo, manteniendo una vida intensa durante siglos. Como recoge el escritor Manuel Chaves Nogales en la biografía dedicada al torero Juan Belmonte, criado en el barrio de la Macarena, estas estructuras no han envejecido con el peso de su historia: “son viejas y no lo parecen; sin que se les haya olvidado nada, viven una vida actual febril y auténtica”. Cada generación las renueva de manera invisible, creando “una apariencia caótica por el choque perenne de los anacronismos y los contrasentidos (...) vibrando con la inquietud de todas las horas” (Fig. 2).



Fig. 2. Vista aérea de la Plaza Calderón de la Barca, Sevilla.

La casa en ruinas que nos ocupa, situada en el número seis de la plaza, había sido convertida en un piso en la primera planta transformado al estilo de la arquitectura funcionalista que se desarrollaba en la ciudad extramuros desde mediados del siglo pasado, en el que residía una de las hermanas de la familia original. La otra hermana debió habitar en la otra mitad de la casa, ahora irreconocible como parte de un único inmueble, en el número siete de la

misma calle. En la planta baja, aún podían observarse las tazas de café sobre la barra cubierta de polvo del bar que ocupaba ese espacio, cuyo cierre tuvo que ser prematuro, a tenor de la disposición de los utensilios. A pesar del estado en que se encontraba este lugar, podíamos imaginar un pasado en el que, con las puertas abiertas de par en par, la actividad del mercado se colaba de manera natural en el interior de la casa.

Esta actividad comercial que se había desarrollado semanalmente de forma temporal encontraba soporte en los bajos de las casas que daban fachada a la plaza. La actual plaza de abastos fue construida en el siglo XIX con el propósito de mejorar las condiciones higiénicas de un mercado semanal de tinglados que se venía celebrando en ella desde el siglo XIII. La primera de sus naves fue diseñada por el arquitecto Balbino Marrón, y a esta le siguieron otras tres llevadas a cabo por los arquitectos Francisco de Paula Álvarez y Juan Talavera Heredia, culminando en la configuración que conocemos en la actualidad, cuatro naves atravesables, separadas por una calle que aún conserva su condición de espacio público.

La plaza no solo era un lugar de comercio; también era el hogar de muchos de los comerciantes. Las plantas bajas de las casas servían como tiendas y almacenes, integrando la vida cotidiana de la comunidad con la economía local. Así, al rehabilitar esta casa, nos enfrentábamos a un proyecto que era, en esencia, tanto una casa como una plaza.

El encargo consistía en rehabilitarla para una familia joven que, aunque no tenía hijos en ese momento, probablemente los tendría en el futuro, una casa sin un programa cerrado, abierta al devenir familiar. A pesar de encontrarse en mal estado, la casa no presentaba grandes desafíos que requirieran atención inmediata, aunque sí era necesario desarrollar un plan de actuación adecuado.

Nuestra experiencia previa en expedientes similares nos lleva a cuestionar la posibilidad de establecer mecanismos administrativos específicos para los proyectos que trabajan con preexistencias. Al abordar una rehabilitación, los procedimientos actuales, que son análogos a los de nueva planta, obligan a dar por supuestas ciertas condiciones de partida que solo emergen cuando se comienza a intervenir en el espacio. Las casas en sí mismas ofrecen pautas que se desvelan en un proceso arqueológico de índole doméstico. Es crucial reconocer que cada intervención en una vivienda puede revelar capas de historia y particularidades que son esenciales para el diseño final. Este enfoque no solo enriquece el proceso de rehabilitación, sino que también permite una comprensión más profunda de la relación entre el espacio construido y sus habitantes. Así, la rehabilitación se convierte en una oportunidad para

integrar la historia del lugar con las necesidades contemporáneas, favoreciendo un diálogo constante entre el pasado y el presente

Desafortunadamente, los nuevos propietarios no eran conscientes de la existencia de un expediente de ruina técnica relacionado con la casa. Esta figura administrativa obligaba a contratar a un profesional competente que actúe de inmediato para garantizar la estabilidad y habitabilidad del inmueble, conforme a las normas del Plan General en materia de conservación y rehabilitación, así como a la normativa aplicable. Debido a la urgencia por restablecer los valores esenciales de la edificación, las obras pueden llevarse a cabo sin un proyecto previo, siempre que posteriormente sean validadas por la Gerencia Municipal de Urbanismo.

Este contexto abría la posibilidad de explorar nuevas formas de actuación en la gestión del proceso de proyecto, desafiando los trámites ordinarios de solicitud de licencia de obra. La nueva situación permitía ensayar modelos alternativos e invertir los ritmos convencionales del proyecto. La posibilidad de realizar una acción directa e inmediata sobre la casa permitió redefinir el trabajo de estudio; así, la demolición precedía al dibujo, y el proyecto emergía a partir de un proceso continuo de ida y vuelta entre el trabajo de campo y la mesa de estudio.

Retiramos los falsos techos, particiones y revestimientos que velaban muros y forjados desde que se intentó convertir la vivienda en una especie de apartamento, tentativa imposible de domesticar la ambigüedad de esta morada centenaria de carniceros del mercado contiguo que penetra sinuosa en la manzana.

En este proceso donde borrar es más necesario que dibujar y donde el proyecto se hace y deshace sucesivamente, vamos descubriendo poco a poco una casa latente que permanecía oculta, velada bajo el disfraz de tabiques, morteros y escayolas. Forjados de madera y muros marcados por huecos cegados con el tiempo relatan una construcción hecha a trazos a partir de una negociación continua con sus vecinos, que habría de provocar el cambio continuo de su perfil a lo largo de los años. Sobre la marcha decidimos retirar los forjados y vigas en peor estado, introducir dinteles y recuperar huecos que existieron en otro momento, cediendo superficie a cambio de ganar volumen. También optamos por conservar aquellos elementos revelados que narran la historia de aquel lugar, asumiendo que el tiempo también construye. La casa va pareciéndose a lo que en principio debió ser: un lugar donde construcción y vacío se alternan en similar proporción.

Continuamos desvelando pacientemente, se diría que como arqueólogos más que como constructores. En la planta a nivel de calle, donde existía

un bar decidimos hacer muy poco, apenas recuperar el vacío de esa planta adintelando muros que dejasen pasar el aire. Surge así una continuación del espacio de la calle que se mete dentro de la casa, como un pasaje, un zaguán o un adarve, como los vacíos que desdibujan el espacio común en la trama abigarrada y al tiempo porosa del centro de Sevilla. Ese lugar se convierte en el “jardín” de la vivienda, con la peculiaridad de que está debajo de ésta, un espacio sin programa en el que pueden suceder todos los usos, un sitio de pasos y encuentros como lo es la propia plaza tumultuosa del Mercado de la calle Feria (Fig. 3).



Fig. 3. Dibujo de SOL89 de la plaza y la casa en el mercado, Sevilla.

DOMESTICIDAD Y ACTIVIDAD PRODUCTIVA

Algunos años después de nuestra primera experiencia, nos encontramos nuevamente ante un contexto similar: la necesidad de intervenir en una vivienda situada en el denso tejido urbano del centro histórico de Córdoba. Esta ciudad, al igual que muchas otras en España, está sufriendo un profundo proceso de gentrificación que se ha intensificado en las últimas décadas. La transformación de espacios tradicionales en áreas cada vez más enfocadas al turismo y la inversión inmobiliaria está alterando el carácter original de los barrios.

Las viviendas históricas están siendo convertidas en hoteles, apartamentos turísticos y locales comerciales, lo que provoca un desvanecimiento de la esencia de un lugar que, durante siglos, ha funcionado como un tejido

en el que la domesticidad y la actividad productiva han coexistido de manera armónica. Este proceso de transformación no se limita únicamente a la alteración de los edificios; tiene repercusiones significativas en la vida cotidiana de los habitantes, erosionando tanto el tejido social como la identidad local. La conversión de espacios residenciales en instalaciones orientadas al turismo altera las dinámicas comunitarias, favoreciendo un modelo de desarrollo que prioriza el consumo y la rentabilidad económica sobre la preservación de la cultura y las relaciones interpersonales que han caracterizado históricamente a estos entornos urbanos.

El propietario de la vivienda, un ciudadano alemán que ha residido en Córdoba durante treinta años y que dirige una empresa en expansión dedicada a la comercialización de frutas y verduras ecológicas, busca adaptar su espacio de trabajo para incorporar nuevos colaboradores. Actualmente, sus oficinas se encuentran en una casa anexa conectada a su vivienda habitual; sin embargo, el crecimiento de su negocio exige una ampliación que no puede realizarse en las estructuras existentes.

Sensibilizado con las transformaciones urbanas que están ocurriendo en su ciudad, el propietario solicita que esta ampliación se lleve a cabo dentro de la manzana que alberga sus dos viviendas. En esta área, todavía existen numerosos solares abandonados, lo que representa una oportunidad para desarrollar un nuevo espacio sin contribuir al desplazamiento de la actividad hacia la periferia de la ciudad.

La intervención se propone mediante la incorporación de tres nuevos locales de una propiedad vecina: dos en planta baja y uno en la planta superior, permitiendo así un crecimiento desde el interior de la manzana. Creemos que la ampliación debe realizarse de tal manera que el tránsito entre los distintos espacios sea casi imperceptible, garantizando así la cohesión del espacio de trabajo resultante. Planteamos la intervención intentando dibujar sin levantar el lápiz del papel, definiendo un espacio continuo que, desde las oficinas originales, serpentea por el interior de la manzana, atravesando patios, internándose en la densidad edificada, ahuecándose cuando es preciso y asomándose al adarve existente hasta alcanzar la cubierta (Fig. 4).

Para enfatizar la continuidad del espacio, se ha optado por extender el pavimento, el techo y el revestimiento exterior a lo largo de la intervención. Un suelo de hormigón fratasado, elevado y calefactado, conecta los espacios interiores y exteriores. El techo, compuesto por paneles acústicos de listones de madera, se inserta entre la estructura de hormigón original, lo que le confiere una nueva expresividad. Los volúmenes del nuevo espacio de trabajo, al exteriorizarse hacia la oficina original en distintas cotas, se recubren con plan-

chas de acero galvanizado, dispuestas sin apoyos en los patios, lo que subraya su autonomía como artefactos insertos en los vacíos existentes.

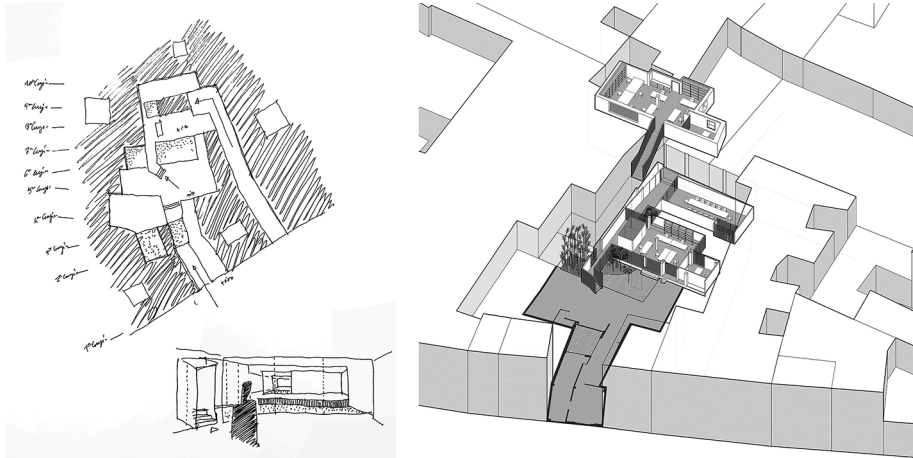


Fig. 4. Oficina en el interior de la manzana, Córdoba. Dibujo de SOL89 de la planta con la adición de los tres solares.

La intervención procura potenciar los conceptos de transparencia, secuencia y gradiente propios de las articulaciones tradicionales de los centros extensos y abigarrados de las ciudades históricas del sur, sin perder de vista la voluntad de coser los espacios disponibles para la ampliación, fragmentados e independientes en un primer momento, y continuos y articulados tras la ejecución del proyecto. El espacio, en forma de aire y luz, penetra así en la masa edificada, como una materia continua que pertenece a toda la ciudad y queda domesticada en el interior de la manzana.

El proyecto también se enfrenta al desafío de identificar e incorporar las herramientas arquitectónicas que definen la atmósfera de los patios cordobeses, una atmósfera que trasciende su condición física y está impregnada de vida y organicidad. Estos patios generan un microclima único que puede reducir significativamente las altas temperaturas estivales. A diferencia de muchas ciudades contemporáneas, Córdoba ha mantenido una capa transpirable en su suelo gracias a la normativa del Plan Especial de Protección del Centro Histórico, que prohíbe la construcción de sótanos y exige el uso de materiales permeables como el tradicional “chino cordobés,” un tipo de empedrado utilizado en patios y calles que se coloca sobre un lecho de arena.

Mientras que en otras ciudades, como Sevilla, las normativas se enfocan en la conservación de elementos arquitectónicos como meras escenografías, en Córdoba esta medida fomenta una comprensión dinámica del espacio

urbano. Esta regulación no solo busca preservar la forma, sino también valorar la atmósfera y el carácter del lugar, permitiendo que la arquitectura respire.

Nuestra propuesta se basa en mantener esta capa transpirable y utilizar la materia orgánica como eje central del diseño. La vegetación actúa como un aglutinante que une los espacios, creando una continuidad que trasciende la mera estructura. Esta vegetación no solo embellece, sino que también establece vínculos entre los espacios, extendiéndose hacia la cubierta y transformándose en un jardín en la azotea (Fig. 5).



Fig. 5. Oficina en el interior de la manzana, Córdoba.

LA CASA VISIBLE

El tejido urbano de la ciudad mediterránea se caracteriza por manzanas densas, intercaladas con numerosos patios que confieren al entorno un carácter de espacio en constante descubrimiento. Al explorar el interior de este parcelario, nos encontramos con una amalgama de construcciones de diferentes épocas, donde el lleno y el vacío se alternan, proporcionando luz, aire y privacidad a los espacios interiores. Este territorio de luces y sombras, como se ha señalado, se articula a través de una colección de espacios intermedios que, al integrarse en la densidad urbana, permiten la continuidad del espacio público, que se adentra en el corazón edificado.

Si tuviésemos que cartografiar la relación entre masa y vacío de este territorio para ilustrar la conexión entre la calle y la casa como un espacio diluido, recurriríamos inevitablemente al “Plano de Roma” de Giambattista Nolli, creado en el siglo XVIII. Esta representación icónica ofrece una visión detallada de la estructura espacial de Roma. En él, los espacios vacíos, es decir, las áreas accesibles al público —calles, plazas, patios y el interior de los edificios públicos— se muestran en blanco, mientras que los edificios y otros elementos construidos se representan en negro. La técnica utilizada, conocida como “poché”, proviene del francés y significa “relleno” o “sombra”. Esta técnica permite una comprensión clara de la relación entre los espacios interiores y exteriores, resaltando la continuidad del espacio público.

Al analizar este plano tres siglos después, en un intento de reconocer los invariantes que se han mantenido, se observa que, paradójicamente, es el vacío el que preserva su esencia. A pesar de que muchos edificios y estructuras urbanas han sido renovados, el vacío se mantiene casi inalterable. Esta persistencia de los espacios vacíos subraya su importancia en la estructura urbana y en la percepción de la ciudad como un todo integrado. Los vacíos no solo organizan y articulan el tejido urbano, sino que también funcionan como espacios de interacción social y circulación, reflejando la continuidad y la dinámica de la vida urbana que no atienden necesariamente a los límites parcelarios ni catastrales.

El plano de Nolli es, por tanto, una herramienta esencial para comprender la estructura espacial de Roma y la relación entre espacios públicos y privados. Sin embargo, la vitalidad de las ciudades no se sostiene únicamente por el vacío de los espacios y edificios públicos. Las casas, en particular las plantas bajas de los edificios residenciales, desempeñan un papel fundamental en la definición del carácter urbano.

La importancia de la vivienda en la configuración del paisaje urbano es un tema recurrente en ámbitos académicos. “El contacto de la vivienda con la planta baja constituye un espacio escurridizo y difícil de delimitar, ligado a costumbres, programas y usuarios siempre cambiantes” como lo define el arquitecto argentino Adamo Faiden en su tesis doctoral titulada “Los bajos de los edificios altos”. “Este espacio es un confuso mundo donde lo público y lo privado se reordenan, donde el plano de la ciudad asciende mientras el edificio desciende a su encuentro. Definir los límites de este espacio y su campo de acción nos otorgará nuevos argumentos para participar en las negociaciones que condicionarán el entorno contemporáneo”.

Aunque Adamo Faiden se centra en los edificios en altura, su reflexión puede aplicarse también a lo que podría denominarse arquitectura domésti-

ca menor. Este término es utilizado por el arquitecto y profesor José Ramón Sierra Delgado para referirse al caserío popular sevillano en su libro “La casa en Sevilla (1976-1996)”. Esta obra, además de ser una referencia importante sobre la arquitectura residencial de Sevilla durante dicho período, proporciona una aproximación a los instrumentos operativos necesarios para intervenir en la casa popular sevillana mediante el análisis formal de la misma.

El texto de Sierra Delgado está ilustrado con dibujos y gráficos analíticos realizados por los alumnos de la Escuela de Arquitectura de Sevilla en la extinta asignatura de Análisis de formas, desde diferentes perspectivas. Estos materiales se organizan en cuatro bloques temáticos: la imagen del interior, la imagen de la máquina, la imagen de la fábrica y la imagen de la ciudad. En el bloque dedicado a la ciudad, se estudia la relación de la casa con el entorno urbano, considerando aspectos como la conformación de las manzanas, las cubiertas, la sección de las calles, el soleamiento de las mismas o las proporciones y el ritmo de los huecos de las fachadas.

Entre los gráficos presentados, nos llama la atención un análisis que, aunque presentado de manera algo naif, resulta evocador en su exploración de la relación entre el interior y el exterior de las viviendas. Este análisis clasifica tres tipos de espacios que regulan el gradiente entre interior y exterior: el espacio público, formado por calles y plazas; el espacio semipúblico, conformado por zaguanes, patios de recibo y toda la colección de espacios intermedios que caracterizan estas arquitecturas; y un tercer espacio, correspondiente a toda la planta baja de las viviendas que se atisba desde la calle, denominado por el alumno como el “espacio visible”.

El término “espacio visible” define de manera acertada la forma en que la casa popular sevillana participa de la actividad pública. Este concepto se manifiesta a través de la mirada, de ver y, sobre todo, de dejarse ver. Una casa siempre abierta y cuidada, mostrando lo mejor de sí misma, contribuye a que la calle adquiera significado. Esta transparencia y visibilidad generan una interacción que enriquece tanto la experiencia de la vida urbana como la percepción de la casa misma. Es un juego recíproco entre la casa y la calle, un diálogo que va más allá de la proximidad física, sino que se conlleva una interacción social y cultural. La visibilidad de las casas y la actividad que se desarrolla en sus plantas bajas no solo contribuyen a la vitalidad de la calle, sino que también definen la identidad del entorno urbano.

El encargo de proyectar una casa de nueva planta en un solar en la avenida Cruz Roja de Sevilla nos llevó a recuperar este concepto de la “casa visible” como mecanismo mediante el cual la arquitectura doméstica puede influir en la dinámica urbana, promoviendo una interacción que enriquece tan-

to el espacio privado como el público.

La avenida Cruz Roja forma parte del tejido residencial de baja densidad, de tipología suburbana, que se desarrolla en la parte exterior a la ronda histórica en la zona noreste de la ciudad; entre carretera de Carmona y el distrito de la Macarena, en el barrio de Cruz Roja, Capuchinos. Las edificaciones que conforman la calle proceden de las sucesivas épocas de construcción que configuraron paulatinamente la avenida y el barrio; desde la década de 1930, fecha de las construcciones más antiguas, caracterizadas por ser edificaciones de una planta, de carácter humilde y pobre construcción, al igual que la edificación existente en el solar; pasando por las edificaciones de más altura procedentes de la década de los setenta. Una ciudad construida por impulsos donde el espacio urbano es lo que queda entre lo construido, sin que haya habido una preocupación significativa sobre el carácter del mismo ni sobre el ambiente vital que este proporciona.



Fig. 6. Casa en la avenida de la Cruz Roja, Sevilla. Secuencia visual zaguán-patio.

Las condiciones de partida —una parcela más profunda que ancha con un único frente abierto al viario arbolado de generosas acacias, una casa que no precisa agotar la edificabilidad ni las alturas que la normativa permite y el deseo de diferenciar el espacio de trabajo del hábitat doméstico de sus propietarios—, sugieren entender los ámbitos no construidos como materia de proyecto que configuran una casa expandida y complementaria a la casa interior. Surge así una sucesión de vacíos concatenados en sección capaces de articular los distintos grados de privacidad reclamados, de proveer de espacios de extensión a las estancias interiores y de orientar las habitaciones hacia

patios, garantizando la protección contra el ruido de la calle, ventilaciones cruzadas y la iluminación natural que proviene del sur situado en el fondo de la parcela (Fig. 6).

Los propietarios, una pareja con una niña pequeña, requieren de espacios donde trabajar desde casa, sugiriendo estancias prolongadas a lo largo del día, entre la concentración y el descanso, que incitan a pensar en la necesidad de tránsitos de distensión entre ambas actividades. La casa adquiere así una doble lectura, entre lo público y lo privado, que hemos de saber matizar. Un primer ámbito al que se accede desde la vía pública será un lugar de pasos perdidos, en el que ofrecer una entrada paulatina que al culminar en un primer patio a contraluz alcanza una galería longitudinal abierta. Este espacio aún más público que privado, desde el que llegamos a la escalera de un tramo en torno a la que pivota la casa, es un umbral que permitirá el ingreso diferenciado a la vivienda o a los espacios de trabajo demandados, a través de la secuencia calle-zaguán-patio-galería, catálogo de lugares intermedios de la mejor tradición meridional que conforman un paisaje interior.

Desde el otro extremo de la galería, en torno al patio principal, accedemos a la vivienda situada en la primera planta, desembarcando en la mitad de la longitud total de la vivienda, separando el ámbito de noche resguardado por el patio más privado. Surge así una diagonal que ahueca la casa, desde el patio de día, fluido y articulado, abierto a la calle y orientado hacia el interior de la parcela a través de una terraza que prolonga el estar hacia el exterior, ampliando la sección del vacío central en la primera planta, hasta el patio de noche, oculto y privado, celoso de la calle y el tumulto diario.

La existencia de la medianera del edificio colindante de cuatro plantas sugiere la necesidad de una pérgola que cubra el vacío central escalonado para velar la presencia de este potente lienzo. La prolongación de la estructura de vigas interiores a través del ritmo que infiere la pérgola, refuerza la presencia del patio en el corazón de la casa. El patio pasa a ser un lugar denso y vibrante que imaginamos reflejará la vida doméstica: el juego de los niños en la cota inferior, el encuentro y la lectura en la terraza, el ir y venir cotidiano a través del corredor y la escalera, el cambio de la luz a lo largo del año...

Una última estancia exterior —medio habitación, medio patio—, culmina la casa. Es un lugar a medio construir, con suelo y paredes, con estructura y huecos, sin carpinterías, ni techo. Este vacío acotado remata la secuencia calle-zaguán-patio-galería-escalera, finalizando el recorrido contra las copas de las voluminosas acacias de la calle y devolviendo la mirada a la ciudad.

LA PIEL DENSA

La ciudad de espacios intermedios genera, asimismo, una ciudad de límites densos. Las fachadas no se presentan únicamente como elementos lineales de espesor constante, sino que se engrosan e incorporan una serie de gadgets espaciales, como balcones, cierros y galerías. Estos componentes configuran una suerte de piel gruesa que actúa como mediadora, permitiendo una interacción constante y fluida entre lo privado y lo público, densificando y potenciando el dinamismo de los límites.

En anatomía, la piel constituye una barrera protectora que resguarda nuestro cuerpo de los agentes externos, regula la temperatura corporal y participa en la percepción sensorial. En el contexto de la arquitectura contemporánea, la noción de “límite espeso” se presenta como una estrategia fundamental para abordar la compleja relación entre el interior y el exterior de las viviendas. Este concepto trasciende la mera masa constructiva y se centra en la creación de una “piel” que media entre la casa y su entorno.

El encargo de una vivienda en el barrio de Nervión se convirtió en una oportunidad para ensayar las posibilidades que el engrosamiento de la epidermis en arquitectura puede ofrecer, no solo protección, sino también una herramienta de interacción que posibilita una relación más rica y ambigua con el espacio público.

La vivienda se encuentra situada entre la avenida Eduardo Dato y la estación de Santa Justa, en un área caracterizada por casas bajas que se erigieron durante una época de crecimiento demográfico en Sevilla. Este entorno, que se ubica justo detrás de grandes edificios que dan a la avenida, presenta una serie de espacios residuales que carecen de cualidades esenciales como iluminación, vistas o interacción con el entorno. Con dimensiones de 10 por 10 metros, la casa debe establecer un diálogo con la calle, enfrentándose a un contexto que puede considerarse hostil, donde la planificación cuidadosa se convierte en una necesidad.

La piel gruesa de esta vivienda se concibe como un sistema que no solo protege, sino que también invita a la interacción. Se busca crear un espacio que facilite el diálogo entre el exterior y el interior, donde los residentes puedan verse y ser vistos. Este concepto de “piel” se manifiesta tanto en la construcción física como en las dinámicas sociales que genera. Al igual que los “parladoiros” o “enamoradoiros” en la arquitectura tradicional —espacios diseñados para fomentar la comunicación con los vecinos—, nuestro objetivo es establecer un ambiente que potencie la interacción y el sentido de comunidad (Fig. 7).

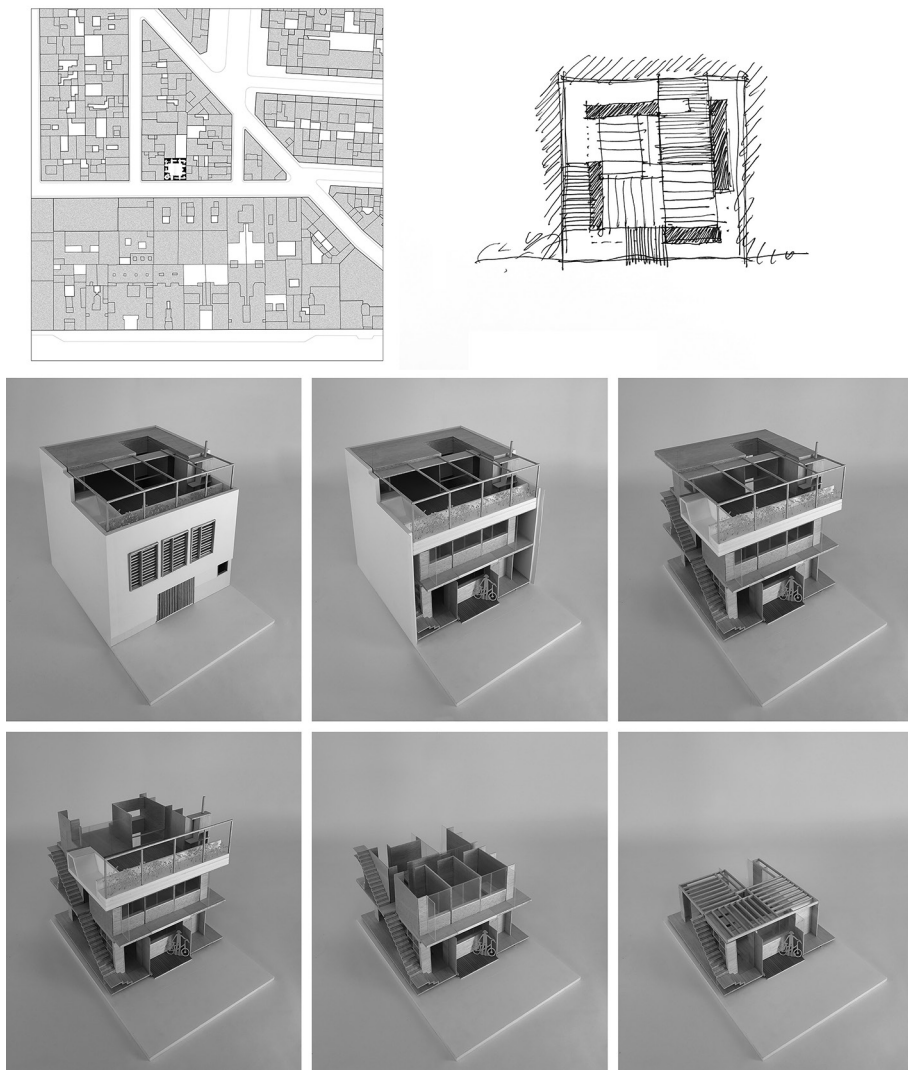


Fig. 7. Casa 10x10, Sevilla. Montaje con las plantas superpuestas del Castillo de Hedingham en Essex y la casa 10x10 en el barrio de Nervión, esquema y maqueta.

La vivienda incorpora elementos que permiten controlar el ambiente, tanto térmico como visual, filtrando las miradas y asegurando la privacidad necesaria. La idea de crear un “cinturón grueso” en la edificación se traduce en un espacio que alberga diversas funciones, desde áreas de recepción hasta zo-

nas de descanso, enriqueciendo así la experiencia cotidiana de los habitantes.

Una vivienda urbana con un extenso programa familiar como esta requiere además de un nutrido número de espacios técnicos y auxiliares, que son tan esenciales para la vida doméstica como aquellos que solemos clasificar como principales. Espacios como baños, aseos, cocinas, alacenas, cuartos de lavado, tendedores, salas, espacios para instalaciones, almacenes, roperos, jardineras, escaleras, guarda-bicicletas y terrazas forman un repertorio de espacios activos que son decisivos en el proyecto.

La geometría del solar, un cuadrado de diez metros de lado con tres medianeras y fachada orientada al sur, y su ubicación en el límite de un barrio de baja densidad frente a una avenida de mucho tráfico, sugieren desplazar esta colección de pequeños espacios al perímetro del solar. Esto libera el centro del cuadrado para las áreas de estancia, que quedan protegidas por un doble cinturón de recintos de almacenamiento e instalaciones.

Una doble caja muraria de ladrillo, la primera exterior y la segunda interior, refuerza los límites del solar y alberga los cuatro pilares de hormigón retranqueados respecto a las medianeras sobre los que se apoyan las losas de cada planta. La losa de la primera planta está aligerada a la manera serliana, y la de la segunda planta se resuelve a dos alturas para solventar el desnivel entre la terraza y el interior. Las estancias con instalaciones húmedas se disponen en el anillo exterior, permitiendo su ventilación natural y asociando las bajantes y columnas de instalaciones a los cuatro soportes de hormigón.



Fig. 8. Casa 10x10, Sevilla.

Una cuarta parte del cuadrado interior queda reservada para el patio, al que se abren el estar-cocina y el dormitorio principal. Esto permite que los otros tres dormitorios queden protegidos del soleamiento sur y de la inmediatez de la calle gracias a la logia conformada por la piel gruesa. En el acceso a

la casa, el desdoblamiento de la fachada genera un zaguán que permite dejar las bicicletas y conciliar el encuentro entre lo público y lo privado. Esta doble fachada dota de la escala precisa a los huecos del interior doméstico y del exterior urbano, respondiendo a los requerimientos funcionales y figurativos deseados (Fig. 8).

La terraza en cubierta se concibe como un lugar de celebración y encuentro, planteando una escalera de un tramo inserta entre las dos cajas de ladrillo, a modo de adarve. Este tránsito tangencial y con carácter exterior bordea los espacios de estancia, permitiendo accesos casi independientes a las distintas plantas.

La intención de incorporar el patio al salón sugiere utilizar el mismo material para los paramentos de ambos espacios, difuminando así los límites entre el interior y los espacios intermedios. Un ladrillo grisáceo, que alterna entre el formato inglés y el castellano, constituye las dos cajas murarias que forman la piel gruesa de la casa. Esta materialidad cerámica, junto a la del entrevigado de los forjados de hormigón, confiere al espacio una expresión constructiva que matiza la abstracción de la planta.

La casa asume el tipo de planta central circundada por espacios menores como resultado de las dimensiones del solar y las condiciones de contorno. Se confía en la geometría concéntrica que implica esta disposición espacial como argumento para establecer relaciones fluidas y densas entre los distintos espacios de la casa, equilibrando aquellos que habitamos lentamente con los que permiten el devenir de la vida cotidiana.

CLEMENTIA

La narración de la arquitectura suele asignar a las ciudades características propias de la conducta humana. En la antigua roma se establecieron una serie de virtudes para establecer un marco moral y ético que no solo guiara el comportamiento individual, sino que también fomentara la cohesión y la estabilidad social en una de las civilizaciones más influyentes de la historia. Estos atributos, englobados en dos grandes grupos: públicos y personales, más que simples ideales, se erguían como faros que iluminaban el camino que todo romano debía seguir.

En 2015, la editorial Bartlebooth nos convocó, junto a otros autores, a reflexionar sobre la relevancia de las cuarenta virtudes romanas desde nuestra perspectiva contemporánea. Nos plantearon si estas virtudes no solo se presentan como una ventana al pasado, sino si también pueden actuar como herramientas para desentrañar el modelo de sociedad actual. En este contexto,

nuestra reflexión se centró en la *Clementia*, una virtud que hace referencia a la gentileza y la urbanidad.

En las ciudades andaluzas, matizadas por las diferentes culturas que las atravesaron, aún podemos encontrar gestos que trasladan a la arquitectura la capacidad expresiva del diálogo y el mensaje, convirtiéndola en símbolo interpretable y protocolario. Aún hoy, muchos de los zaguanes de las casas se convierten en lugares susurrantes que trasladan a la ciudad un estado de ánimo, una invitación o una confidencia cuando la ocasión lo requiere. A través de la posición de sus portones o postigos, la casa anuncia al paseante en el interior, sugiriéndole participar de él según su condición y el cariz del suceso; como en aquel lenguaje de los abanicos desarrollado en el siglo XVIII, las hojas de las puertas relatan un mensaje mediado por sus giros y aperturas, es una comunicación intuitiva que considera que el habitante de la ciudad participa también del interior vacío de las casas, como una gran estancia habitable, matizada pero compartida, vividas por todos, donde los ciudadanos podemos encontrar *clementia* (Fig. 9).

En 2019 conocemos a Gemma y Álvaro, quieren hacerse su primera casa tras décadas viviendo en Bélgica con la memoria de su vida en Cataluña y Asturias siempre presente. Vuelven a Andalucía, donde él estudió, buscando la vida de un pueblo del sur, luminoso, apacible, cercano a Sevilla, donde re-
encontrarse con algún amigo común.

Adquieren una parcela de 5x30 metros en Castilleja de la Cuesta, con una sola fachada orientada casi al norte en la calle principal. El solar es estrecho y largo, resultado de las parcelaciones agrícolas que permitían la convivencia de la vivienda con alguna edificación destinada al acopio de aperos de labranza o corrales. El programa a desarrollar es modesto, apenas un par de dormitorios y alguna particularidad, como un habitáculo donde ambos puedan disfrutar de un baño de vapor, un lugar donde Gemma pueda hacer grabados y donde tener una pequeña cocina exterior. Esperan visitas de amigos y familiares de vez en cuando a los que querrían acoger. Acarrear objetos, libros y cuadros, rastros de toda una vida, también llevan consigo recuerdos de haber vivido en lugares intensos cuya vivencia querrían recuperar: un pozo y un árbol, un patio, la luz meridional.

Las proporciones del solar y la memoria agrícola de estas parcelas sugieren generar un espacio por repetición de pórticos equidistantes, los cuales definen crujías que se construyen en una o dos plantas o se ahuecan para generar patios, proporcionando un espacio continuo que va matizando sus características ambientales y funcionales. De este modo se crea una secuencia pautada por un primer patio de recibo que matiza las relaciones con la calle,

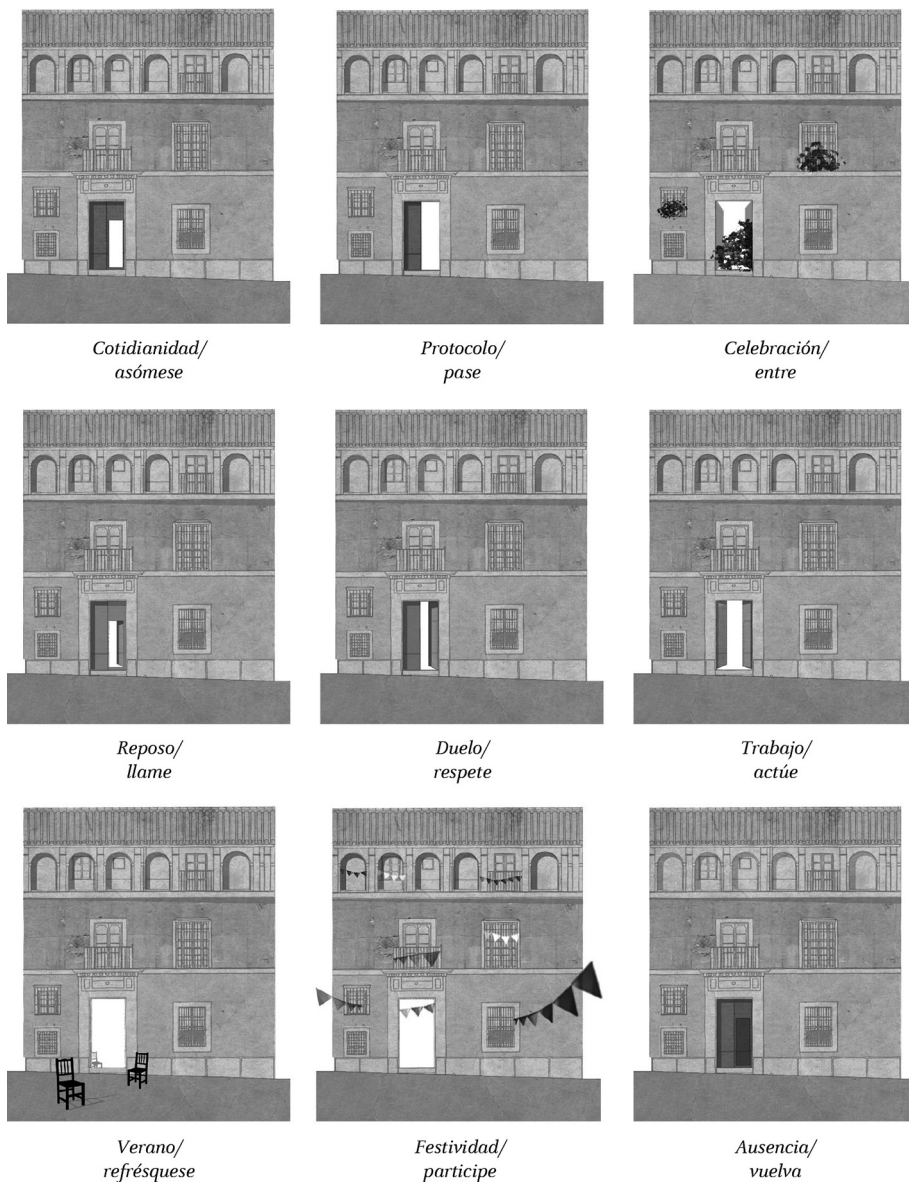


Fig. 9. Ilustración realizada por SOL89 (María González, Juanjo López de la Cruz), para el artículo *Clementia*. La hospitalidad de la ciudad, en: Bartlebooth, Las Virtudes, Bartlebooth, A Coruña, 2015, sobre la gestualidad de la arquitectura popular andaluza a través de la posición de las carpinterías y el vestido de las fachadas.

a continuación tres crujías que albergan la vivienda, una crujía más de la que solo queda la estructura para formalizar un porche ensombrecido a modo de palio, dos crujías que constituyen el patio al sur (más bien un *hortus conclusus*) y un último volumen que remata el solar como un pabellón donde pintar y cocinar con amigos, cuya cubierta, más baja que el resto de la casa, se planta con especies arbustivas, continuación del jardín donde el pozo y el árbol que habitaban en la memoria de Gemma toman forma como un caquí y una pequeña alberca cuyo vaciado procura el agua para el riego.

La construcción metálica de esta estructura y el color almagra, propio de las primeras pinturas que antaño protegían el acero, ritman el espacio y configuran una referencia continua. El pórtico tipo retranquea los apoyos respecto a las medianeras para evitar conflictos con las casas vecinas de muros de carga, y el espacio resultante entre esta línea estructural y las lindes longitudinales se ocupa con el equipamiento, los espacios técnicos y el almacenaje de la casa, creando dos bandas laterales desiguales que regruesan los límites de la vivienda. Mediante la apertura de la casa en los extremos a sendos patios situados al norte y al sur, una serie de ventiladores instalados en cada crujía y una chimenea de ventilación natural situada en el lateral de la crujía intermedia, se procura una brisa cruzada en todas las estancias que, junto a la proyección del alzado sur con el palio que pronto quedará cubierto de bignonias, alivian el calor sureño.



Fig. 10. Casa de los nueve pórticos, Castilleja de la Cuesta.

La casa se muestra a la calle como una construcción masiva y blanca, remedo de las primeras construcciones de Castilleja que han ido perdiéndose sustituidas por colores y materiales propios de la industria de la construcción

más comercial e inmediata. Una cornisa-visera, un friso, un balcón que avanza sobre la calle, el muro calado y el postigo de la puerta desde el que atisbar el patio-zaguán establecen una sintaxis que remite a elementos de la arquitectura popular que facilitan el encuentro entre lo privado y lo público y ayudan a construir la calle (Fig. 10).

CONTINUIDAD Y RUPTURA

En 1928, el historiador Joaquín Hazañas y La Rúa impartió la conferencia titulada “Algunas consideraciones sobre la casa sevillana” durante la inauguración del ciclo “Conferencias sobre asuntos sevillanos”, organizado por el recién creado Centro de Estudios Históricos Sevillanos. En dicha intervención, Hazañas expresó su fascinación por las transferencias históricas, culturales y estilísticas entre América y Andalucía tras la colonización, un interés que seguramente se había acrecentado debido a la inminente Exposición Iberoamericana que se inauguraría pocos meses después en Sevilla. Hazañas destacó cómo las primeras casas construidas en el Nuevo Mundo siguieron los modelos de las casas andaluzas, originando un estilo arquitectónico propio fundamentado en la casa sevillana.

La exposición de Hazañas se inició con una pregunta: ¿existe en verdad un tipo de casa que pueda y deba llamarse sevillana? Esta interrogante fue el punto de partida de una disertación sobre la identidad arquitectónica de Sevilla. A través de su análisis, el historiador no solo buscó delinear las características distintivas de la casa sevillana, sino también comprender su legado y su transformación en el contexto del intercambio transatlántico. Para ello, Hazañas realizó una exhaustiva descripción de la casa sevillana a partir de una catalogación en la cual él consideraba que “puede dividirse los edificios que han servido de habitación a los sevillanos desde la reconquista de la ciudad en la decimotercia centuria”. Estos edificios se agrupan en varias categorías: los palacios reales, las casas menos suntuosas pero extensas, las casas sencillas y modestas de la clase media, la casa humilde o el corral de vecinos, las posadas y mesones, y un último grupo formado por pequeñas tiendas conformadas como alacenas abiertas en un muro de espacios reducidos en las que apenas cabe el vendedor que las atiende.

El texto de Hazañas transita por las características materiales, estilísticas, compositivas, morfológicas, ornamentales, estacionales y sociales de los cuatro primeros grupos, componiendo un retrato detallado de la Sevilla residencial intramuros. Esta exploración no solo buscaba definir un tipo arquitectónico específico, sino también situarlo en el contexto más amplio del

intercambio cultural y su evolución a lo largo de los siglos, subrayando la influencia andaluza en la arquitectura colonial americana y el carácter distintivo de la casa sevillana como un símbolo de identidad y patrimonio cultural.

Desde nuestro punto de vista, una de las características novedosas en el texto de Hazañas son aquellos aspectos que menciona pero no desarrolla. Por ejemplo, la rápida alusión a los pequeños comercios, el quinto grupo de su catálogo, que se presenta casi como una nota al margen. Aunque el autor no aclara con claridad el motivo de su inclusión en el catálogo de espacios domésticos, este gesto denota una intuición hacia aquellos aspectos de la vida urbana que no son fácilmente catalogables, pero que tienen la capacidad de definir el sentido de domesticidad de la ciudad. Estos pequeños comercios, conformados como alacenas abiertas en muros de espacios reducidos, representan una intersección vital entre lo residencial y lo comercial. Su integración dentro del tejido residencial crea un ecosistema donde la vida doméstica y la actividad productiva coexisten y se complementan mutuamente.

La perspectiva de Hazañas resuena con los enfoques de la teoría arquitectónica desarrollada en Europa en la década de los sesenta, donde figuras como Aldo Rossi entendieron la arquitectura no solo como una imagen visible, sino como un proceso de conocimiento y construcción social. Rossi, al igual que Hazañas, reconoció la importancia de los componentes cotidianos y económicos en la configuración del paisaje urbano. Su obra *La arquitectura de la ciudad* enfatiza la relación intrínseca entre arquitectura y urbanismo, incorporando disciplinas como la antropología, la geografía y la historia para ofrecer una interpretación holística de la ciudad.

Ambos enfoques subrayan la necesidad de considerar la arquitectura en su totalidad, integrando elementos monumentales y humildes para comprender la complejidad y la dinámica del entorno urbano. La inclusión de los pequeños comercios en el análisis de Hazañas y la teoría de Rossi sobre la ciudad destacan cómo cada componente, por modesto que sea, desempeña un papel crucial en la configuración de la identidad urbana.

Esta idea se ve igualmente ejemplificada en el trabajo de una generación de arquitectos que, influenciados por las teorías de Rossi o motivados por la necesidad de cambio imperante en los excitados años setenta del pasado siglo en el contexto arquitectónico andaluz, se dedicaron al estudio científico de la ciudad como herramienta proyectiva, rehusando separar teoría y crítica.

Dentro de este grupo de arquitectos, es importante resaltar el trabajo llevado a cabo por Antonio Barrionuevo y Francisco Torres, este último académico numerario que nos acoge en esta sede y coordinador de estos encuentros, con quien tuvimos la oportunidad de compartir experiencias docentes.

Bajo el título “La casa sevillana”, Barrionuevo y Torres presentaron una exposición inaugurada en mayo de 1977 que recogía el trabajo iniciado años antes por la Cátedra de Elementos de Composición de la Escuela de Arquitectura de Sevilla e involucraba a un nutrido grupo de estudiantes, arquitectos y fotógrafos. La muestra era un estudio de la realidad urbana de Sevilla a partir de la experiencia arquitectónica, la medición y el dibujo de la casa-patio sevillana.

Esa investigación académica se vio interrumpida por la salida abrupta de la escuela de arquitectura de Sevilla de varios de los integrantes de ese grupo de profesores. Sin embargo, estos profesionales encontraron nuevos espacios de reflexión en ámbitos externos a la escuela, como el seminario titulado “Arquitectura y Ciudad”, coordinado por Barrionuevo y Torres. Este seminario no solo cuestionó las prácticas arquitectónicas que se estaban desarrollando en la ciudad, sino que también abordó la definición del papel que debían desempeñar el arquitecto, el constructor y la clase política para garantizar un auténtico compromiso con la ciudad, al margen de la especulación urbana.

En 1978, la revista 2C Construcción de la Ciudad, dedicó un número a “En torno a la Casa Sevillana”, donde se recopilaban las investigaciones realizadas por Barrionuevo y Torres tanto desde el ámbito académico como en relación con la especulación arquitectónica posterior. El texto introductorio, titulado “Sevilla: algunas consideraciones sobre la ciudad y la casa”, describe una ciudad en constante proceso de reinención, enfatizando la necesidad de un conocimiento preciso de su realidad material para establecer herramientas de intervención efectivas.

El título de esta conferencia, “Algunas consideraciones sobre el encuentro entre la casa y la ciudad”, es una suerte de homenaje a la labor que otros comenzaron, añadiendo humildemente una reflexión personal que avive el debate y la contemplación sobre la relación entre la casa y la ciudad en el contexto contemporáneo. Con la misma delicadeza con la que un tejedor selecciona sus hilos, buscamos entrelazar ideas y voces del pasado con las del presente, para enriquecer el diálogo y preservar la esencia de la arquitectura urbana como un testimonio vivo de nuestra identidad colectiva.

Recientemente, nos tocó la tarea de escribir un texto para una exposición en la Fundación Madariaga de Sevilla, dedicada a un conjunto de arquitectos portugueses de diversas generaciones, Álvaro Siza, Souto de Moura y el joven estudio de arquitectos con sede también en Oporto, Fala Atelier. En nuestra investigación sobre las conexiones entre ellos encontramos un texto revelador en el que Siza le decía a Fala que “la continuidad es una sucesión de rupturas” (*Daidalos* 22/06). Compartimos firmemente esta afirmación del maestro portugués, pero además consideramos que el ritmo sincopado de las

múltiples voces que emergen en un lugar a lo largo del tiempo también constituye una forma de continuidad. En esta compleja sinfonía de influencias se encuentra la esencia misma de la ciudad, donde cada nota, cada murmullo, contribuye a un diálogo que trasciende generaciones, enriqueciendo la relación entre la casa y el tejido urbano que la rodea.

BIBLIOGRAFÍA

- Chaves Nogales, M. (2009). *Juan Belmonte, matador de toros*. Barcelona: Libros del Asteroide.
- de Leyva, J. L. T. (1991). *Sevilla: la fragmentación de la manzana* (Vol. 2). Universidad de Sevilla.
- Faiden, M. *Los bajos de los edificios altos*. Tesis doctoral, UPC, Departament de Projectes Arquitectònics, 2016. DOI 10.5821/dissertation-2117-96142 <<http://hdl.handle.net/2117/96142>>
- Hazañas y de la Rúa, J. (1928). *Algunas consideraciones sobre la casa sevillana*. En la inauguración de las Conferencias sobre asuntos sevillanos.
- Rossi, A. (2015). *La arquitectura de la ciudad*. Editorial GG.
- González, M y López de la Cruz, JJ(2015), Clementia. *La hospitalidad de la ciudad*, en: Bartlebooth, Las Virtudes, Bartlebooth.

